signo que encarna la *otredad* que al significarlo lo limita y lo constriñe.

Ahora bien, ¿qué ocurre cuando ese signo-objeto que es el cuerpo es copiado y reproducido? ¿Qué ocurre cuando el cuerpo, cuya vocación natural es la muerte y la descomposición, es transformado y conservado, tal como ocurre en la exposición *Bodies Revealed*? Ciertamente, cuando el cuerpo es sacado de su dimensión "natural" para convertirlo en representación artificial, intervienen unas nuevas dimensiones semióticas. Por un lado, se "alteran" las relaciones sintácticas, semánticas y pragmáticas, pues el signo-objeto deviene "artificializado", mero objeto material, lo que modifica sus relaciones con los otros cuerpos "naturales" y, por el otro, desaparece la noción de auto percepción, pues tales cuerpos, conservados gracias a un proceso químico de polimerización, carecen de conciencia para-sí-mismos.

Pero hay, además, otra dimensión que enriquece las significaciones de quienes interactúan con estos cuerpos humanos polimerizados. En efecto, cuando vimos la exposición en Buenos Aires, Argentina, en 2007, mucho del asombro particular de los asistentes y de los propios medios que reseñaron la exposición venía más de la posibilidad de relacionarse con catorce seres humanos reales, muertos, que de la detallada presentación de órganos y estructuras corporales. Se trata, pues, de una experiencia semiótica nueva, en la que el cuerpo adquiere la significación de lo que éste es pero sin la vida, es decir sin el funcionamiento normal de los órganos, sin el movimiento, es decir, sin ese componente semántico fundamental del cuerpo: la vida.

Como afirmaba Merleau-Ponty, nuestro cuerpo es "un conjunto de significaciones vividas"[2] o, como alegaba Martin-Juchat, "el cuerpo está en el origen de nuestra capacidad de semiotizar el mundo"[3]; en consecuencia, el cuerpo cumple un papel pivotal en la constitución y funcionamiento de la cultura: desde él y en torno a él gira la acción humana y, aunque a veces en el camino sus conexiones con las estructuras socio-culturales se opacan, siempre, de un modo u otro, sus significaciones, su simbolización, sus valores la marcan.

Lo Bello y lo Bueno

Cósimo Mandrillo*

¿Qué es lo que produce, al menos en mí, un inmediato rechazo de esta exposición que parece que ya recorría el mundo cuando ni siquiera sospechábamos su existencia? Seguramente, antes que cualquier otra consideración, lo básico, casi rastrero, de los argumentos utilizados para matizar su carácter comercial. Pero, salta a la vista, el comercio no es delito. Muchas otras empresas pueden no agradarnos sin producir esta especie de asco que, repito, en mi caso, se genera frente a la sola existencia de Bodies.

[2] Merlau, M. (2003[1945]). *Phénomenologie de la perception*. Paris: Gallimard.
[3] Martin, F. (2001). Anthropologie du corps communicant. État de l'art des recherches sur la communication corporelle. En *Médiation & Information. Anthropologie et Communication*, No. 15 : 55-66.
* Licenciado en Letras. Doctor en Letras. Poeta. Profesor Emérito de la Universidad del Zulia.

Habrá entonces otras consideraciones. Si se dejan de lado algunas informaciones que hablan de vías truculentas por medios de las cuales los amos de esta exhibición obtienen los cuerpos que luego plastifican, uno podría por ejemplo comenzar por reflexionar sobre el nombre mismo de la exhibición. *Bodies*, cuerpos, apunta a materializar, objetivar, extrañar esas masas que llenan la sala. Lo contrario de cuerpo, lo sabemos, es el alma, el espíritu que, como puede deducirse del nombre elegido, está fuera de la sala, no participa, no existe; por lo tanto no es necesario ni tendría sentido que nuestra propia alma se resintiera a la vista de esos contenedores vacíos que, desnudos de piel y de humanidad no nos representan en cuanto especie, ni cultura, ni historia, ni familia ni..... No en balde los dueños suelen referirse a esos cuerpos como especímenes.

Luego habría que pensar en lo científico. Y esto es grave, porque uno no quiere coincidir con esos cavernícolas que rechazan la investigación con células madres, por ejemplo, para no tener que aludir siquiera a los que se oponen a los abortos con el argumento de que cada embrión es un ser humano. ¿Pero qué clase de ciencia es ésta que descubre tan prontamente su vena pecuniaria? Me pregunto qué parte de esta exposición no podría realizarse con la misma minucia en plástico, por ejemplo. Me pregunto si no están utilizando nuestra atávica curiosidad por la muerte para justificar con la supuesta cientificidad un negocio que probablemente ubique a los espectadores en la misma situación de quien no puede evitar detenerse en el sito de un accidente a mirar los cadáveres.

Bodies: la exposición

Solano Calles*

Opinar sobre la controversial exposición (truncada por la decisión oficial de su prohibición) sin haberla contemplado, implica alguna osadía, por decir lo menos.

Desde la noche de los tiempos, el ser humano ha tenido especial fascinación por conocer las entrañas de su cuerpo y el de sus semejantes, cuestión que explica, en parte, la alta demanda de los estudios médicos, la admiración y respeto hacia los profesionales de la salud. La exposición de cadáveres, o sus partes, data de las civilizaciones más antiguas; así, los egipcios la practicaron, constituyendo uno de las disciplinas más reconocidas la preparación y conservación de los cuerpos. Dicha costumbre la encontramos en otras culturas y civilizaciones. Todo ello enmarcado en un proceso natural, sin morbo aparente en la contemplación. En las civilizaciones más modernas esta práctica se fue reduciendo, quedando casi como exclusividad de los anfiteatros y escuelas de medicina.

Pero, dicho atractivo y fascinación persisten y el querer conocer y contemplar, está en la mente y la voluntad de un porcentaje importante de la población, difiriendo de un país a otro.

* Médico sexólogo. Rector de la Universidad de Falcón (UDEFA).